

LA SEMANA CÓMICA

COMPOSITORES CÉLEBRES



ROBERTO MASCAGNI

Año V.—Número 43. — Precio 15 céntimos. 19 Noviembre 1891

Ayuntamiento de Madrid



LA ECONOMICA
25-SAN RAMON,-25

La casa que vende más barato
en Barcelona

SOMBREROS INGLESES DE 5 Á 10 PTS.
Kiosco con
frente al Liceo. uestras, en la Rabla,

LA SEMANA CÓMICA

PERIODICO FESTIVO, ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

BARCELONA

Trimestre. 2'50 Ptas.
Año. 8 »

PROVINCIAS

Semestre. 5 Ptas.
Año. 10 »

Administración: Vertrallans, 3, pral.



LA REFORMA

Bazar de Camisería y Corbatería

Depósito de Jerseys, Chaquetas y Trajes para niños, á precios de fábrica.
Extenso surtido en Boas y Pelerinas de pluma, últimos modelos.
Gran variedad en tiras de pluma para adornos.
Inmenso surtido en medias, calcetines, camisetas y pantalones.
Especialidad en trajes interiores de punto inglés sin costura.
Refajos y cubrecorsés de lana y algodón. PRECIOS SIN COMPETENCIA.
Plaza Sta. Ana, 4, y Canuda, 28 (Edificio del Fomento).



QUINA MOMO

s indudablemente el mejor y más agradable de los licores

Pidase en todos los cafés colmados y confiterías.

DEPOSITO CENTRAL: Carretera Mataró, 104.-S. Martin de Provensals.

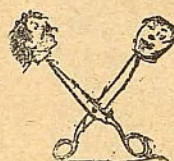


—¡Dios mío! ¿Pero quién te conoce?
—Como que me visten en la *Sastrería* de más gusto de Barcelona.
—No digas más. En la calle de *Escudillers*, 63, donde transforman en elegante los cuerpos más contrahechos.

Le Veston Parisiën

SASTRERÍA PARA SEÑORAS Y CABALLEROS

Escudillers, 65, Barcelona



LE COIFFEUR PARISIËN

Paseo de Gracia, 60 y 62, ent.º

Elegantes salones de peluquería para señoras y caballeros. Venta de perfumería extranjera y de los famosos *Polvos Imperiales*.

POLVOS IMPERIALES

del Dr. PIZÁ

Puntos de venta :

En las perfumerías de J. Dachs, Fernando, 55.—Covas, Cucurulla, 2.—P. Baltasar, Santa Ana, 21.—A. Ferrer, Plaza Sta. Ana, 5.—S. Vives, Pasaje Bacardí.—Lafont, Fernando, 59, Viuda de Huguet, Puerta del Angel, 16—En las droguerías de Banús, Jaime I, 18.—Rus, San Pablo, 68.—y Plaza Universidad, 6; guantería *La Distinguida*, Call, 22, y *Peluquería Luis XIV*, Rambla de las Flores 13.



LA SUECIA

8-Pelayo-8
BARCELONA

Grandes Talleres y Tienda de

MUEBLES Y SILLERÍAS

del País y Extranjero. Á PRECIOS DE FÁBRICA

Elegancia, Solidez y Economía

Especialidad en el amueblaje de Fondas, Casas, Torres y Oficinas. Único depósito en España y Portugal de las legítimas SILLAS SUECAS tan universalmente recomendadas.

Muebles de balde

TEMPORADA DE INVIERNO
La última palabra en muebles
CON TODAS LAS LIQUIDACIONES
LA AMUEBLADORA
SIN RIVAL
(antes EL DIABLO)
No me olvidéis P.ª Verónica, 2
(junto al Casino Mercantí)
TAPIZADOS-CORTINAJES

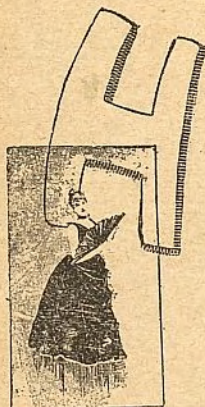
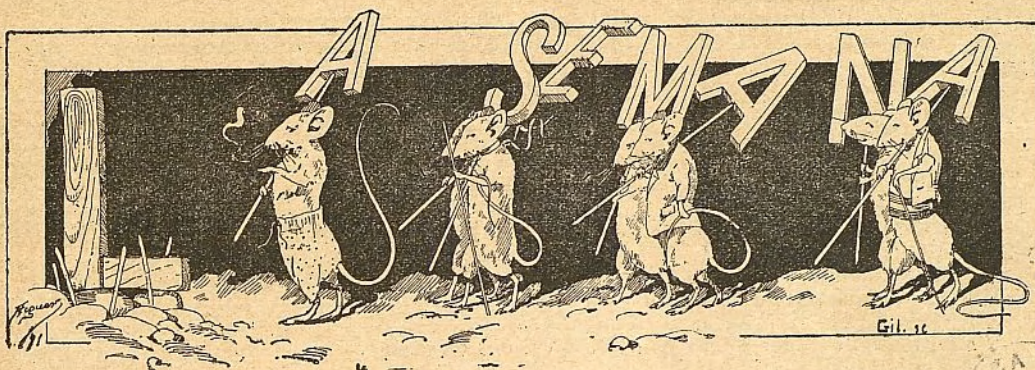
Silleries regaladas



LA SUECIA
PELUQUERIA DE LUIS XIV
43-Rambla de las Flores-45
Servicio esmerado. Salón para señoras

Barcelona: Imprenta de Pedro Ortega, Palau, 4

Ayuntamiento de Madrid



AY un refrán antiguo que dice:

La casa compuesta, la muerte á la puerta.

Y dice otro más antiguo todavía:

La jaula hecha, la picaza muerta.

¡Cómo recordarán estos días ambos refranes los afligidos y consternados accionistas del Banco de España!

Apenas construido el suntuoso palacio de la sociedad con su elevada cúpula, que semeja una enorme bola dorada—símbolo de que lo del oro es una gran mentira—bajan de una vez las acciones 16 enteros y pelagra la vida económica de nuestra primera compañía anónima, porque con este modo de bajar, ¿quién no vé que el altísimo Banco se va convirtiendo en bajísimo taburete?

La construcción del soberbio edificio madrileño era un alarde de orgullo que había de atraer la maldición de los Dioses.

Allí en el Prado, donde Cibeles, la más antigua diosa del Olimpo duerme al aire libre y donde uno de los dioses mayores, Neptuno, tampoco tiene casa ni hogar [atreverse el modesto Mercurio, el despreciable corvedile de Júpiter, á levantar un palacio en las mismas narices de la diosa madre y del rey de las aguas!

Justo es que ahora se eleven los humildes y se abatan los orgullosos.

Oro pide el comercio; oro reclama la vida económica de la nación.

Y bueno es advertir de paso que la vida económica es más exigente que la vida física, porque aquella necesita oro á toda costa y ésta se contenta con más humildes metales: el hierro casi siempre, el mercurio alguna que otra vez.

Hasta el Gobierno, que siempre ha guardado al Banco las naturales consideraciones de todo deudor con su acreedor, se las echa ahora de autoridad, porque no en balde empuja la opinión, y grita á los auríferos lingotes y á las doradas barras que forman el fondo de reserva, lo que gritan en París los *sargents de ville* á los grupos en días de huelga ó asonada: —¡Circules!

El oro, sin embargo, no circula, ó circula demasiado, según otros autores.

Porque hay quien cree que los centenes salen de la Casa de la Moneda y marchan como una exhalación,

á morir á un lugar de la frontera

como la heroína de *El tren expreso*.

—El Banco está fuera de la ley—grita un hacendista anónimo.

—Naturalmente;—añade otro—los Gobiernos le han hecho tan grande que ya no cabe dentro de ninguna manera.

—Pues entonces ¡que la espada de la ley caiga sobre el Banco!

—Nada de la espada; se trata del oro precisamente.

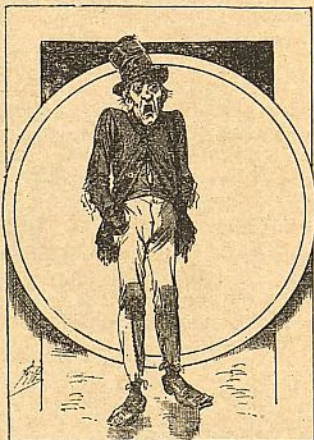
—Que movilice las reservas.

—No, hombre, ¿qué dirían los ejércitos extranjeros?

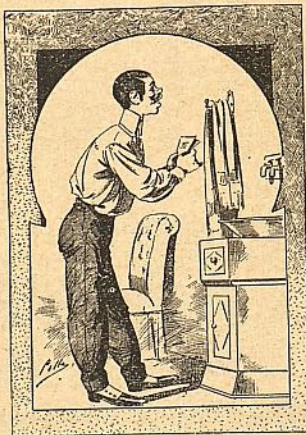
- Que veamos las onzas en el mercado.
 —¡Posible! En los mercados ya no pesan por onzas, sinó por kilos.
 No conviene apurar á nuestro primer establecimiento de crédito, que bastante trabajo tiene.
 Él entendería cualquiera operación, pero ¿con qué garantías?
 Desgraciadamente, ya no nos quedan por aquí más que las garantías constitucionales.
 Y al menor alboroto nos quedamos sin ellas.
 —Llegaremos al curso forzoso—decía un estudiante.
 —Ya hemos llegado—respondía un condiscípulo.
 —¿De veras?
 —¿Para qué quieres más «curso forzoso», que habernos suspendido en Derecho Romano y tener que cursarlo otra vez?
 En los semblantes de la gente rica ¿quién no echa de ver el descenso de los valores?
 Hay capitalista que no tiene valor para nada.
 Ahora ponen las esperanzas en Rostchild.
 Y aquí tienen ustedes á los españoles divididos en castas.
 Los que buscamos la judía.
 Y los que buscan al judío.
 Dios misericordioso, ó Pluto, el dios de las riquezas, nos saquen de estos apuros con bien.
 Y esto último podríamos escribirlo en francés:
Combien.
 Porque ¿quién sabe cuánto tiempo ha de costarnos salir del presente berengenal?
 —¡Qué baja más espantosa!—decía un accionista.
 —No se apure usted.
 —¡Diez enteros! Yo me pongo malo.
 —¿De qué?
 —De eso.
 —¡Ah! vamos, de enteritis.

LUIS ROYO VILLANOVA.

SOLILOQUIO por Cilla.



—Por lo visto, esto de ser padre de familia sin recursos no conmueve ya á nadie. Al primero que pase le digo que soy accionista del Banco ó agricultor aragonés ¡a ver si se ablandan!



—Estaba por borrar esto de que moriré si no corresponde á mi pasión. Porque después se lo creen y queda uno mal si no se muere...



Eso es: llamo, viene el mozo y le digo con mucha energía que no quiero caldo. Y como al que no quiere caldo le dan taza y media...

La vil materia

Recuerdo de una edad que fué mi encanto
y de glorias soñadas ó mezquinas,
con franca risa ó con acerbo llanto,
pláceme recordar en dulce canto
la historia de mis noches florentinas.
Ayer de Blanca os relaté el poema,
hoy, más vulgar, si cabe,
ya que al naturalismo me acomodo,
intento discurrir sobre otro tema;
¿lograré hacerle ameno? ¿quién lo sabe?
ni ¿qué me importa á mí, después de todo?
No escribo para mármoles ó bronce,
y me lavo las manos... como entonces.

I

De unos brazos amantes desprendido
y, justo galardón de mi ansia loca,
llevando aun escondido
el ambar de los besos en la boca
y el timbre de la voz en el oído,
del vienteillo huyendo la inclemencia
que de los Alpes hasta mí venía,
cruzaba yo una noche triste y fría
el desierto Lungarno de Florencia.
Iban á dar las dos; hora callada
en que dormida la ciudad, parece
matrona del sepulcro arrebatada,
que en su viejo palacio se guarece,
aclorando al pasar la niebla oscura
con el vivo fulgor de su hermosura.

El ruido de mis pasos
lúgubre resonaba en torno mío,
y los reflejos de la luz escasos
cayendo en algún pórtico sombrío,
fingían á los ojos
muchedumbre de trasgos y quimeras,
rojas las frentes y los labios rojos,
y rojas las tendidas cabelleras.

Envuelto en un abrigo de veranc
que, mejor que de abrigo, me servía
para esconder el traje cortesano
vestido en aquel día,
atravesé el espacio, no pequeño,
que en el Borgo Ognissanti terminaba,
gozando ya con la ilusión de un sueño,
digno final del sueño que dejaba.

De pronto, y al doblar el edificio
que el Ponte á la Carraia tiene enfrente
y luce, de la puerta sobre el quicio,
el blasón de los Médicis potente,
vi descender del puente
con lenta marcha y sin rumor apenas,
y ponerse á mi alcance al poco rato,
un rapaz sin camisa y con melenas,
Faetonte precoz de un carromato.

Escuálido jamelgo le seguía
arrastrando la carga con denuedo,
persuadido tal vez de que lo hacía
por amor al rapaz y no por miedo;
y á contemplar el cuadro peregrino,
envidiosa quizá de mi fortuna,
las nubes arrollando en su camino,
apareció gentil la blanca luna;
y ella y yo, juntamente,
pudimos ver, y vimos lo siguiente.

II

Está en Florencia el piso embaldosado,
y las losas picadas de manera,
que el jinete más torpe y alocado
rara vez vió en peligro su mollera.
Mas ya porque estuviésemos muy gastado,
ya porque allí el declive grande fuera,
ello es que en el instante
de embocar á la plaza

resbalóse el rocin; hacia adelante
rodó como al impulso de una maza,
y magullado, exánime y maltrecho
quedó en tierra tendido,
con el cuello torcido
y las varas del carro sobre el pecho.
Acercóse el rapaz, y al verse solo,
(pues yo estaba á su espalda, y en lo obscuro),
al ver que el cielo mismo le abandona,
á la blasfemia abrió su labio puro;
y cual desata Eolo
las odres en que el ábrego aprisiona,
desatando su acento mal seguro,
puso de oro y azul á la Madona.
Luego, por el furor arrebatado,
pero furor de niño,
probó á alzar el jamelgo derribado,
llamándole con voces de cariño;
á fuerza de sollozos y de dientes,
de cortar los tirantes buscó el modo,
lágrimas y recursos inocentes!
¡jira, llanto, valor, inútil todo!
Al fin, y vuelto ya de su demencia,
gritó: ¡socorro! con amante anhelo,
y maldiciendo acaso la existencia,
abrazado al rocin se vino al suelo.

Inmóvil yo junto al pretil del río
la escena contemplaba,
y á despecho del frío
sentí que algo en mis venas se inflamaba.
Miré á mi alrededor: desierto y mudo

el sitio proseguía:
la voz del infeliz pobre y desnudo
en la extensión del aire se perdía.
No pude más: alzándole gozoso,
gritéle con ardor:—*¡ragazzo, via!*
Y él, de no comprenderme temeroso,
en medio de la angustia que le embarga,
—¿Qué debemos hacer?—murmuró quedo.
—¿Qué?—respondí.—Callar, no tener miedo,
calzar el carro y aliviar la carga.

III

Y la carga tremenda,
bajo la cual molido y jadeante,
á la voz insensible y á la rienda,
se agitaba el rocin medio espirante,
eran, por lo que vi con amargura,
varios toneles sueltos y alineados,
iguales en tamaño y en figura,
y á la simple inspección no muy pesados.

Subióse al carro el chico,
quité yo en un momento
la tabla parecida á un abanico
que por detrás sujeta el cargamento,
y así el primer tonel... Tú que lo viste,
luna, del alto cielo suspendida;
tú que indiscreta á iluminar saliste
acción que cuando más es para oída,
di tú si vacilé; con fiero arrojo
triunfó de los sentidos la conciencia,
por más que objeto hallara de mi enojo,
no la forma ¡gran Dios! sino la esencia;
y aquellas cubas negras y pringosas,
veneno del ambiente,
convertidas en búcaros de rosas,
y en mis brazos llevadas una á una,
descendieron al suelo blandamente
como bajan los niños de la cuna.

Iba á decir que suspiró, y no es cierto:
relinchó el animal con alegría
viéndose erguido y de sudor cubierto,



libre del armazón que le oprimía.
Mirándole el muchacho sonreía,
por una y otra parte lo palpaba;
arreglábale el freno y el bocado,
le llamaba su amado,
y después de besarme, le besaba.
—Gracias, señor,—me dijo.—Si supiera
quién sois....

—Y ¿para qué?

—Para escribirlo
donde no se borrara ni perdiera,
contárselo à mi padre, y al ser hombre
recordar vuestro nombre
y poder à menudo bendecirlo.
—Gracias te debo yo por tu respeto,
que excede à mi bondad, mas si me quieres,
de lo que aquí pasó guarda el secreto.
—Ni dormido hablaré...

—Si así lo hicieras,
tu deuda pagarás; hazlo, no sea
que se entere mañana Menabrea.
—Adiós, pues, mi señor.

—¿Qué falta ahora?
—Nada, porque mi hermano,
que no pudo esta noche acompañarme,
llega de San Miniato con la aurora;
es mozo, fuerte y sano,
en su camino estoy, y ha de encontrarme.
A más no hay para qué; pasó el apuro
y ya el socorro viene.

—Serán autoridades....

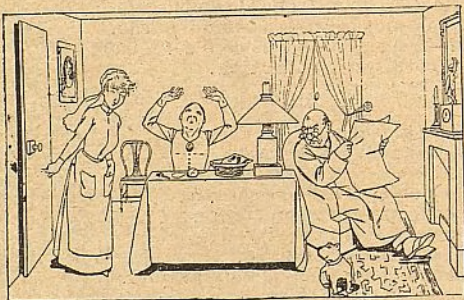
—De seguro....
—¡Cuántos puntos de unión la raza tiene!
Y al mirar se acercaban dos serenos
murmurando me fui:—Del mal el menos.

Todo el que visitara al otro día
del noble Fossumbrone los jardines,
encanto y luz de la morada mía,
pudo ver, explorando sus confines,
que en larga cuerda al barandal sujeta
y fija à la pared del otro lado,
siguiendo el giro de la brisa inquieta.
húmedo y arrugado,
se columpiaba un traje de etiqueta.
Fieles la luna y el rapaz me fueron:
nadie supo la historia peregrina;
sobre ella al par cayeron
la losa del olvido y la bencina;
y del frac que Bellini me cortara,
y del amor en que cifré mi gloria,
solo conservo la memoria *cara*
que hoy encuentra barata la memoria.

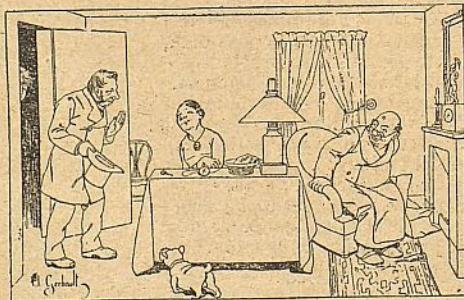
Desde entonces acá van muchos años;
lo he visto casi todo:
vanidades, envidias, desengaños,
olas de llanto y lágrimas de lodo.
Y alguna vez al recordar la escena,
comparando detalles y perfiles,
el perfume que embriaga ó envenena,
las grandes luchas y los triunfos viles,
el bien que calla y la maldad que suena,
complicado del siglo en el proceso,
he dicho para mí con honda pena:
—No era el mejor aquel de los olores,
mas debo confesarlo y lo confieso:
¡he olido tantas cosas aún peores!...

MANUEL DEL PALACIO.

LAS VISITAS, por Gerbault



—¿Quién? ¿Don José? ¡Maldito sea! ¡Vaya unas horas de venir!



—Oh, don José, qué gusto, qué agradable sorpresa!

Rectificación.

Por la fragura empinada
de la cuesta de Zulema,
en una noche cerrada,
lleva Nuño á Grazaalema
entre gustosa y robada.

La mora, que gime y llora,
monta en el arzón trasero;
Nuño su pudor deplora,
por cuanto evita la mora
el tocar al caballero.

Él muy azarado está,
porque oye ya el somatén
de los moros de Alcalá,
y fuera bien triste ya
que le quitaran su bien.

El camino es tan quebrado,
que el corcel, muy fatigado,
avanza con paso lento;
y Nuño, desesperado,
lanza sus quejas al viento.

—¡Ah, malandante señor

de Castrojeriz que abriste
senda de tanto fragor!
¡malas entrañas tuviste!
¡fuiste á medias bienhechor!
¡Permita el cielo que estén
tus restos en el abismo
y allí tortura les den
no solo Satanás mismo,
sinó mil diablos también!
¡Permita Dios!...

De repente
da un tropezón el overo;
la mora instintivamente
se abraza muy fuertemente
al busto del caballero...

Y entonces el Nuño diz:
—Señor de Castrojeriz,
tu bondad es bien notoria.
¡Plegue á Dios seas feliz
en la mansión de la gloria!

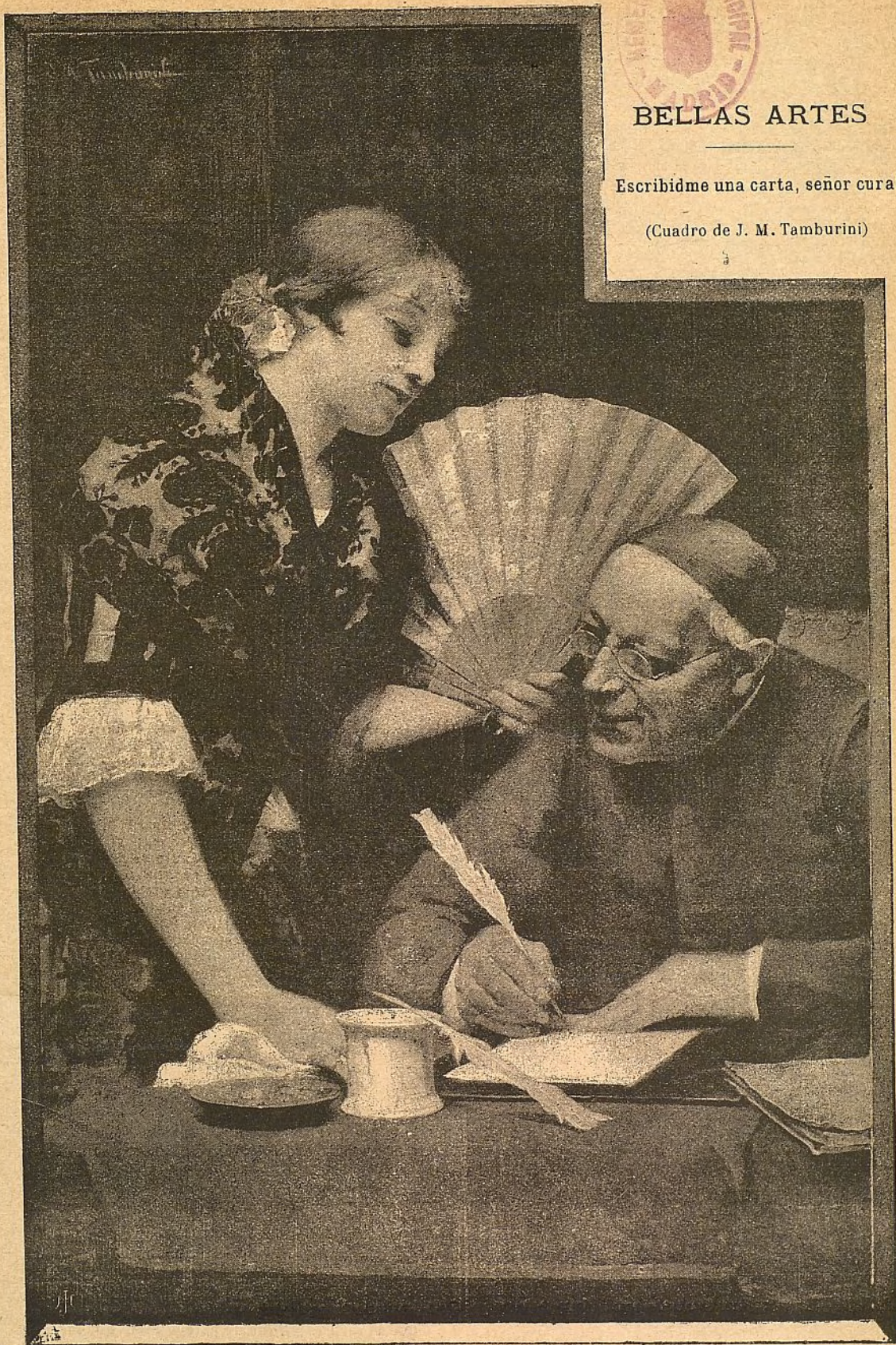
F. MORENO GODINO.



BELLAS ARTES

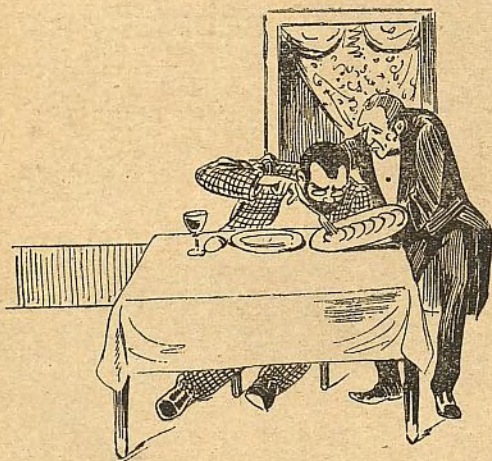
Escribidme una carta, señor cura!

(Cuadro de J. M. Tamburini)

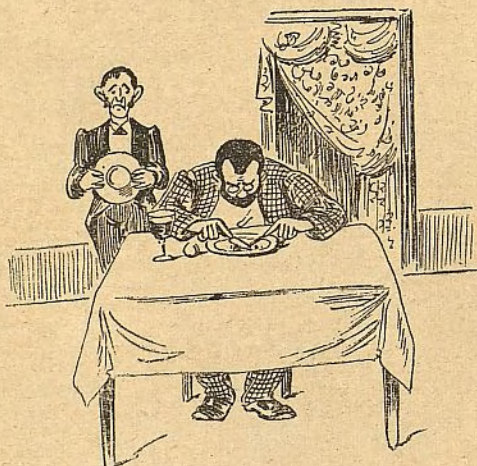


UN CORTO DE VISTA,

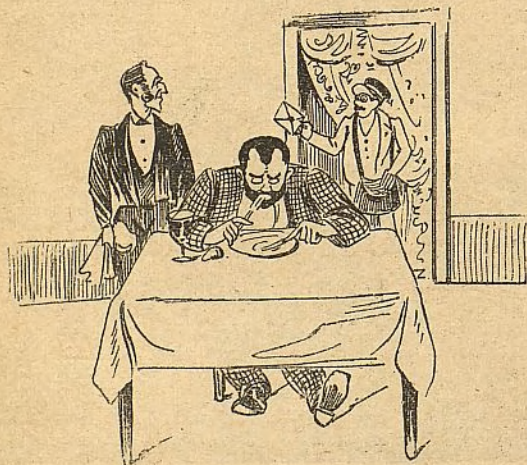
por MELITÓN GONZÁLEZ



1



2



3

El rebuzno de la dicha

Á MI RESPETADO AMIGO EL ILUSTRE
NOVELISTA PEREZ GALDÓS

¡Jesús, qué antipático de cucol! Por lo visto se proponía no llegar nunca á las siete de la tarde. De buena gana hubiera estrellado Maruja en mitad del arroyo aquel diantre de reloj tan grosero y calmoso. Siempre que le miraba, y cuidado que le dirigía los ojos de siglo á siglo, ó por lo menos así ella lo pensaba, encontrábase el horario en el mismo sitio de la esfera, como si se propusiese echar raíces. ¡Si hubiera valido darle un empellón á la malintencionada de la manecilla para que no se to nase una eternidad en ir de minuto á minuto!... ¡Vaya una ocurrencia la del que inventó los relojes: haber establecido las horas tan largas!... ¡Ah!... no era posible, y eso le valía al tiempo; de lo contrario, ya le habría ella dicho, (que por algo se emparentaba con el alcalde del pueblo): Señorito, ó anda más de prisa ó le hablo á mi tío para que le sople á usted en la cárcel.

Nada; decididamente Josué debía haber vuelto á parar el sol, y Maruja no sabía ya qué hacer para dominar su impaciencia. Desde por la mañana tenía el huésped preparado su cuarto; mullida la cama y dispuesta como si la hubiesen acondicionado manos de maga, y cada trasto en el lugar conveniente. Sin embargo, podía haberse olvidado algo. Y la muchacha entraba en la alcoba, alisaba el cobertor del lecho, sacudía las almohadas y corría las sillas una pulgada á la izquierda. ¡Qué torpeza la suya! ¡Cómo no habría advertido antes que estaban muy á la derecha!... Luego se bajaba á la cocina, requería la alcarraza, partía un limón enseguida de estrujarlo para que se le ablandasen las entrañas, y en un dos por tres improvisaba una jarra de refresco para aplacar la sed del viajero en cuanto llegase. Después tornaba á subir al dormitorio, volvía á arreglar el lecho, y ¡qué distracción tan supina! ¡Pues si había colocado las sillas tan á la izquierda, debiendo de estar más á la derecha!... Y en el interin y al paso, entraba mil veces la moza en su propio cuarto, para perjeñarse bien el pañolillo que llevaba de corbata, ó para alisarse los rebeldes rizos de la frente, ó para empolvase un poco el rostro, que le brillaba con el sudor, por obra y gracia del bochorno. A cada instante se asomaba á la ventana, desde la que se distinguía un recodo del camino; pero ni la más mínima silueta que se asemejase á un burro, asomaba por entre los fresnos que sombreaban la calleja, en funciones de carretera, que comunicaba al pueblo con la estación del ferrocarril vecina. ¡Qué demonio de trilla, hombre!... A no caer por entonces la faena de las eras, ya habría ido en busca del viajero el «Extremeño», un jaco capón mas corredor que un galgo, que se hubiera traído á su amo á cuestras en un periquete; pero todas las caballerías hacían falta, y únicamente quedaba disponible la borrieca, que, aunque quisiera, no podía ser, ni mucho menos, un relampago.

Y no era sola Maruja la acometida de hormiguillo. Su tío, el señor Pedro, estaba también que se le hubiera ahogado con un cabello, y á la verdad que la cosa lo merecía, pues dentro de una hora iba á estrechar hasta ahogarle en sus brazos, al hijo que para siempre se tornaba á la casa nativa, hecho todo un médico de tomo y lomo. Si no hubiera sido abusar de su cargo de alcalde, ya habría salido el señor Pedro á recibir al mozo, á la cabeza del ayuntamiento y con la charanga por delante; que para eso era el representante del gobierno de S. M., en el pueblo. Mas como allí donde vive la luz le sigue la sombra, anulábansele á lo mejor los ojos al honrado del alcalde, con un tropel de lágrimas que se sorbía, porque no parece bien que las autoridades lloren, al recordar á la pobre madre ya difunta, y al considerar el alegrón que habría te-

nido viendo al hijo de sus entrañas trocado en un galeno hecho y derecho. ¡Qué se le había de hacer!... ¡Hasta ahora no se sabe que haya en el mundo rosas sin espinas ni dichas sin amarguras!...

En cambio á Maruja, la pobre huérfana, recogida de pequeña por su tío el Sr. Pedro, no le entoldaba el cielo de su ventura ni la nube más mínima. Ya le había alboreado la felicidad en el alma muchas veces, pero nunca como entonces había llegado al perihelio de la dicha. Y es que el primo tornaba al pueblo para siempre, y el primo venía en aptitud de casarse, y el primo la seguía queriendo más que á las niñas de sus ojos. En lo sucesivo no habría ya esas ausencias, madrastras del cariño, que son el primer escalón del olvido; no habría ya inviernos interminables y tristes, pasados con el alma en un hilo, y en espera de una carta que á lo mejor se extraviaba; no habría ya vacaciones transcurridas en amor y compañía, pero acibaradas por la idea de la inevitable separación al comenzar el curso; no habría ya celos ni rabietas, angustias ni temores; ya no se separarían más; ya las ilusiones no correrían el peligro de morir en desengaños; ya los ensueños se trocarían en realidades, y la ventura de su corazón sería cada vez más sólida y duradera, porque la felicidad es el hierro que fortalece los glóbulos del alma.

Y en estas que cuando menos lo esperaba, tras de tanto acechar Maruja la ventana desde donde se veía el camino, estalló de improviso á la parte afuera de la casa un rebuzno descomunal y estrepitoso que alcanzaba al dó sostenido, lleno de alegre ternura, como si el animal que le producía saludase al pesebre doméstico. Se le arremolinó la sangre en las venas á la muchacha, agolpósele al corazón y á la cara, y se lanzó escalera abajo á la cocina. Aquel rebuzno desafinado y estridente, vibró en los oídos de Maruja con entonación melodiosa y dulcísima; parecióle que tenía trinos de ruiseñor, notas de arpa, algo suave y cadencioso, como si el jumento llevase una lira en la garganta, y ante el eco del soberano rebuzno, que era para ella el emblema de la felicidad, se imaginó al amor ofreciéndola sus servicios con el acial en la mano y un par de orejas tamañas como tijeras de esquilador.

Cuando la moza atisbó la cocina entraba en ella Juan, mas guapo que nunca, sudoroso por la caminata y abrazado á su padre. Maruja y su primo habíanse criado juntos; así se estrecharon en presencia del señor Pedro, sin escándalo de su parte, y como no les era posible unir los labios, cambiaron un beso con la mirada. ¡Para qué tentan ojos!

Luego el primo le dijo á la muchacha, con una voz que á ella se le antojó que venía del cielo:

—Mira, cuida de que Jeromo no aporree las aljorjas al bajarlas de la burra, que traigo cosas quebradizas.

Voló Maruja á cumplir el encargo; aun no le habían quitado al animal el aparejo; el criado no estaba en la cuadra, que se hallaba desierta, y entonces, todavía con el llanto del júbilo en las mejillas, al considerar que aquel manso cuadrúpedo le había traído en sus lomos la dicha, tuvo la muchacha un arranque soberbio: se abrazó al cuello de la burra y la dió un sonoro beso en la frente.

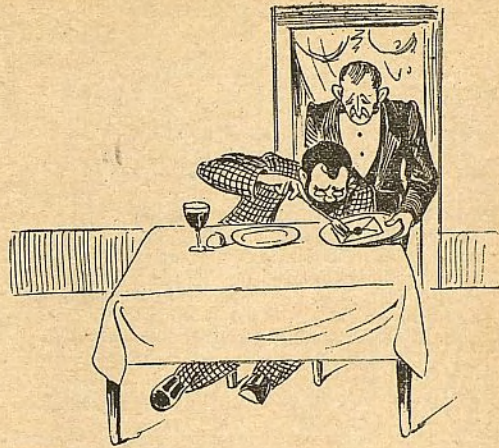
ALPONSO PEREZ NIEVA.

Cuestión de nombre

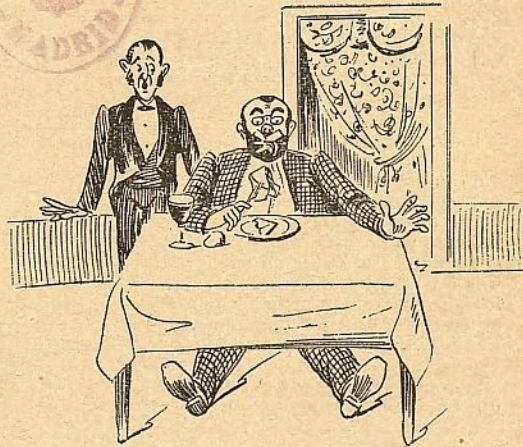
Ayer Galdós regañó con su esposa Gala Noba y ésta el labio le partió de un porrazo que le dió con el mango de la escoba.

Y al preguntarle Amorós, médico bastante sabio:—¿Qué le pasa á V., Galdós? le dijo:—¡Que tengo el labio partido por Gala en dos!

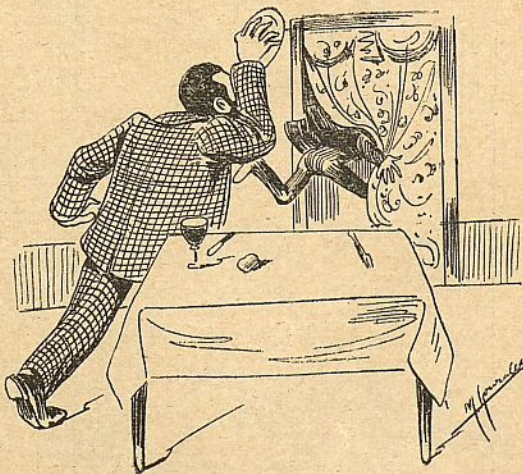
CARLOS MIRANDA.



4



5



6

Carta abierta

I
¡Vamos!... O está la carta equivocada,
ó es que eres ¡vive Cristo!
si nó la mayor loca desatada,
la inocente más cínica que he vi-to.
¿Conque, dándome cuenta de tu enlace,
que esta vez, según dices, ya es seguro,
puesto que has elegido por futuro
á un tonto que no sabe lo que se hace,
te atreves á pedirme ¡hermosa mía!
con una letra igual, clara y segura,
que te mande sin falta, para el día
en que entregues á ese hombre tu hermosura,
un ramo de azahar, el más bonito
que encuentre, aunque lo pague á peso de oro,
y hasta pones después un «yo te adoro»
y tu nombre debajo de lo escrito?...
Está visto que, firme en tu manía
de imitar á esas diosas de granito,
de alguna de las cuales juraría
que el corazón, si tienes, heredaste,
aunque cuando te amé ya me mataste,
quieres ver si me matas todavía.
¡Pero, señor!... ¿Hasta ella se propone
jugar á la pelota con mi suerte?...
Deja que me serene y te perdone
el que me hayas expuesto así á la muerte,
y si no se oscurecen las estrellas
ni se hunde, el firmamento, que... ¡quién sabe!
ni yo me mato aún (que no lo creo)
aunque esté medio muerto y medio loco,
ya hablaremos del ramo en cuanto acabe
de serenarme un poco...

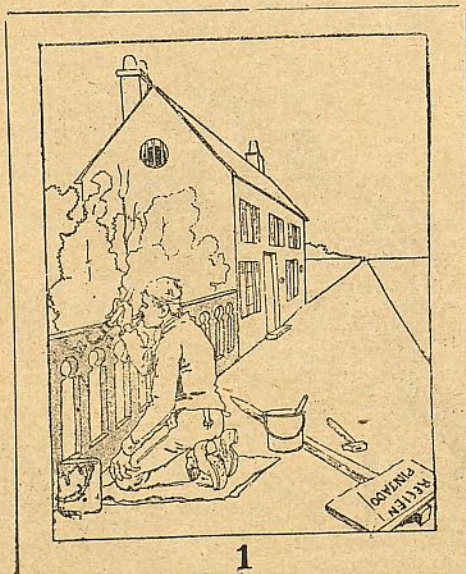
II
Pues, sí: como decía,
un poco más tranquilo y decidido
á no suicidarme todavía
y á ser valiente y afrontar tu olvido,
contestaré á esa carta que podía
haberse ya borrado
si cuando la leí hubieran caído
una á una en cada letra que tenía,
las lágrimas que pude haber llorado
á juzgar por el daño que me hacía.
Conque... ¡que mande el ramo y que te cases!...
Eso es lo que me anuncias y eso quieres,
añadiendo además que es necesario
que sea digno el ramo de quien eres,

¡tú que aun lavándote en carmín ya pasas
pálida y sin color junto al santuario
en que al rubor adoran las mujeres!
Pues... si para escribirme no has traído
la tinta de la fuente del olvido,
¡en qué pozo tan hondo habrás volcado
al hacerlo el cajón de la memoria,
que entre el papel y tu alma no se ha alzado
como un fantasma horrible *aquella* historia!
¿Que te mande yo el ramo que luciendo
el día de la boda en tu cabeza
te ha de adornar entre las gentes, siendo
como el sello oficial de tu pureza?
¡Mal conoces al hombre que algún día,
sólo porque soñó que Dios te amaba,
juró que, si de celos se moría,
por ser fiel á su amor, ya no quería
ni la gloria de Dios, si El se la daba!
Y aunque no fuera así; y aunque pudiera
ver que te casas tú sin ser suicida,
si ni celos ni amor por ti sintiera;
aunque para atenderte cual mereces
esta pobre alma mía que te adora
tuviera aun el valor de amar la vida,
que solo lo he tenido yo dos veces
cuando vivía por tu amor y ahora;
como español (no he de decir galante)
quien quiso ser tu esclavo siendo amante,
aunque fuera gastando una fortuna
buscaría el azahar que necesitas;
pero... ¿cómo me subo yo á la luna?

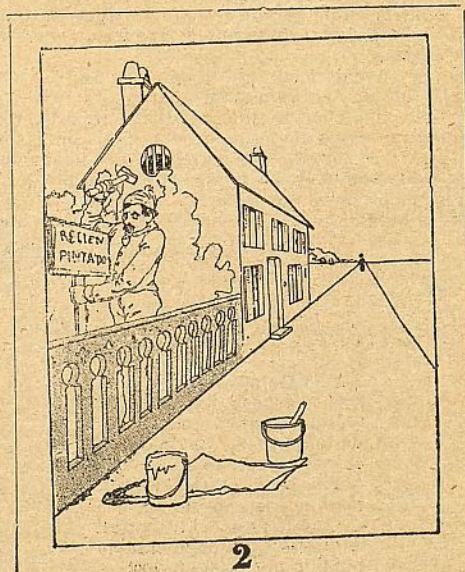
III
En fin: porque no creas
que es falta de cariño lo que es sobra,
pondré tu encargo y mi cumplido en obra
mandándote ese ramo que deseas.
Que lo luzcas, si puede alguna cosa
á la sombra lucir de tu hermosura,
y que al hacerte más feliz que hermosa
mida Dios por mi anhelo tu ventura.
Y... ¡qué le hemos de hacer! La vida es esta.
No te puedo querer, mas no te olvido...
El ramo... no preguntes lo que cuesta,
pues me darás otro tormento nuevo
Que ignore siempre aquello tu marido...
y ahí va el ramo de azahar. ¡Nada te debo!...

MARCIAL DE LOS RIOS.

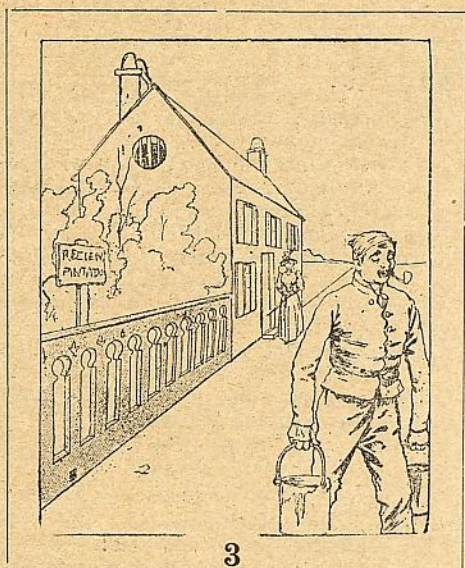
CONTRATIEMPO, por Figuer



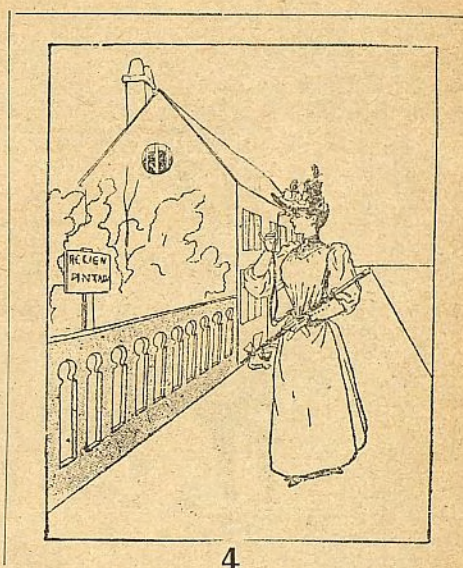
1



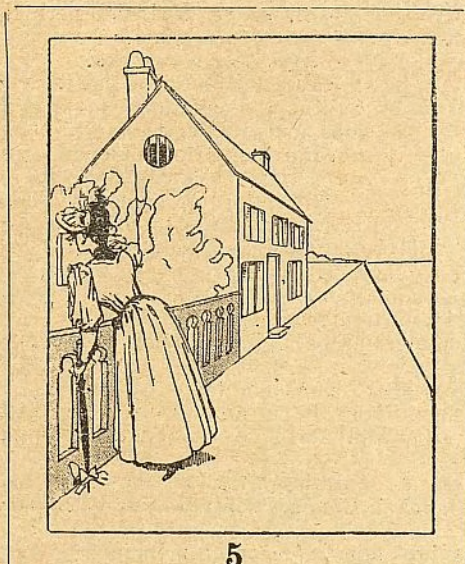
2



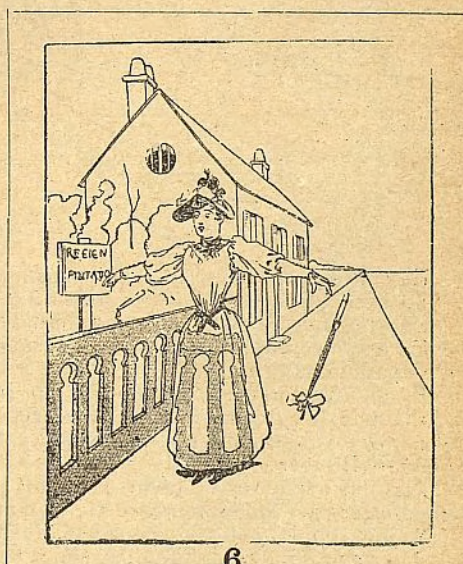
3



4



5



6

Histórico.

Yo no sé de donde saca el vulgo esta afirmación. Dicen que *la carne es flaca* y es una contradicción.

Yo conozco una señora, mujer de un guardia civil, que está destinado ahora de guarnición en Motril.

Doña Francisca se llama, y pesa tantas arrobas, que para instalar su cama necesita tres alcobas.

Sin poderlo remediar, tanto la pobre ha engordado, que hasta se la ve engordar,

mirándola con cuidado.

Me han dicho que el otro día quiso en el tranvía ir, y se metió en el tranvía, ¡pero no pudo salir!

Por eso no se compone ni va jamás elegante, pues todo lo que se pone se le descose al instante; así es que va por su casa, en invierno y primavera, con una bata de gasa que parece una alambreira; y en cuanto llega el calor, usa no más que un vestido

pintado en la carne por un primo de su marido.

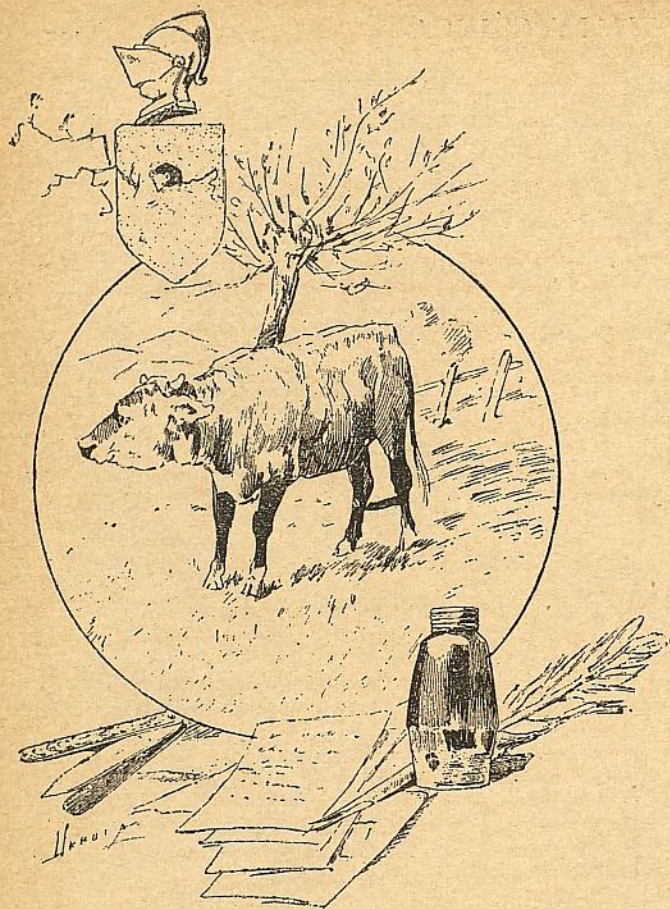
En vista de estas razones, yo me río y no hago caso de esas frases, que a millones se escuchan á cada paso.

Pues no sé de donde saca el vulgo esta afirmación: Dicen que *la carne es flaca* y es una contradicción.

Porque si eso verdad fuera, en tal caso Doña Paca ¡cuanto más gorda estuviera, debería estar más flaca!

CONSTANTINO GIL.

Titulografía



Una de las libertades más estimadas, ó estimadas en más por los hombres, es la de titular sus obras, si escriben, ó su establecimiento, si se dedican al comercio al por menor ó á la industria.

¿Quién tendría autoridad, ó aun teméndola, quién lograría disuadir á un autor de titular una obra literaria ó musical de la manera que le acomode?

Escribo yo un drama, y Dios no me deje caer en la tentación, y después de reflexionar en ello, me resuelvo á titularle:

Honor y Jindama,
ó sea

La vacuna de la propia ternera.

De seguro no falta un buen amigo que me advierta:

—Chico, el título es muy fuerte.

—¿Muy fuerte?

—Sí, se ve la alusión política,

—¿Alusión á quién?

—Alusión á la ternera.

En títulos de libros llegamos á figurar á la cabeza de los países más adelantados, ya que en libros no. Particularmente en cierto género literario de contrabando.

El feto inconsciente, La esposa contumaz, Pelos y señales de Fulanita, y me quedo corto.

Hay títulos en ese ramo del disparate humano que ruborizarían á un perro transeunte.

La literatura adelanta, y en los títulos se refleja ese adelanto.

En el comercio es también muy notable el progreso, particularmente en títulos.

Un establecimiento sin un mote parece á varios comerciantes é industriales como niño sin apellido paterno.

En algún tiempo se contentaban con indicar en la muestra, por ejemplo:

«Tienda de comestibles». — «Zapatería». — «Sastre de militar y de paisano» (vamos, que vestía el hombre indistintamente de coronel y de auxiliar en el Ministerio de Hacienda, supongamos). — «Botica». — «Bodegón»...

Pero los adelantos en diversos ramos llegaron á este de la titulografía. La «tienda de comestibles» pasó á denominarse «Ultramarinos de Fulano» ó «Géneros del reino y de Ultramar».

Y todo cambió, y se afinó, agrandándose.

Las aspiraciones del hombre son más levantadas hoy que lo fueron en principio de siglo.

Mañana lo serán aún más.

Hoy cualquier maestro zapatero se desdeñaría de «remontar botas y zapatos», y, cuando más, se anuncia así:

«Se hacen composturas».

Lo cual *varea*, como ustedes comprenderán.

Y aun he leído en el portal donde funciona un maestro zapatero suelto, un cartelito en que anuncia:

«Remontoir de calzado».

Andando los años, llegarán á denominarse los antiguos «zapateros de viejo», «refundidores de botitos» ó «arregladores de becerro á la planta española».

En la muestra de una tienda del tamaño de un mantón de Manila, he leído:

«Grandes talleres de sastrería».

Y los transeuntes observadores pensaban:

—¿Dónde tendrá los talleres este sastre?

No tropezarán ustedes con una botica, aunque la busquen en Madrid. Son «laboratorios químicos». Los «bodegones» pasaron á casas de comidas, y luego á «restaurants».

Ya no hay modestia como en los tiempos de maese Botín y compañeros pasteleros.

Los instintos poéticos se nos revelan á los españoles y asoman lo mismo en política que en tauromaquia, en asuntos económicos y en las muestras de algunos establecimientos.

Demuestra cierta superioridad de gustos y de entendimiento la aplicación de un mote bonito á cualquier establecimiento mercantil ó industrial.

Ejemplo:

«El elefante verde», perfumería y objetos de tocador.—«La fraternidad universal», refrescos con pistón.—«La codorniz sencilla», bastones y paraguas nacionales é ingleses.—«El progreso», callos por el propio cosechero, vinos y licores.

Y así sucesivamente.

Por el *lema* sería muy difícil descubrir la empresa á que se aplica.

La humanidad no se detiene en su marcha.

El afán de conquista nos impulsa.

Marchamos en busca de la perfección, y así nos corregimos gradualmente.

Hoy somos más correctos que ayer, mañana lo seremos más que hoy. Y naturalmente, en *la idioma* se reconoce el adelanto.

Hay quien escribe hasta imitando á Cervantes, y Dios no se le tome en cuenta, porque de lo contrario...

Llamar «boticario» á un hombre es molestarle.

Hoy se titulan «farmacéuticos».

«Periodista» nadie lo es; somos «escritores públicos»

Y los «prensistas» «maquinistas», y los «cómicos» «actores dramáticos».

Todo adelanta en esta relación. Llamar al «mozo» en algunos restaurants, y aún en ciertos cafés, es demostrar obscurantismo y atraso.

Debe decirse:

—¡Camarero!

En épocas pasadas hubo dueñas, y luego amas de llaves, y luego amas de gobierno (civil y militar y eclesiástico), y amas de cria y demás.

Ahora hay una institución ó un cuerpo de creación moderna en nuestro país.

La de «damas de compañía», institución á medio traducir aún, como ustedes ven. Las damas de *comptoir* también son de creación moderna.

—Un caballero que me distingue con su amistad, casi tanto como el vino de Sanlúcar y de los Moriles, me disputaba días pasados que «dama de *comptoir*» es lo mismo que conocíamos en otro tiempo con el nombre de «dama Juana».

¿Y en el arte de cocina? ¡Qué títulos de platos!

Por fin, que como me decía un gastrónomo reaccionario:

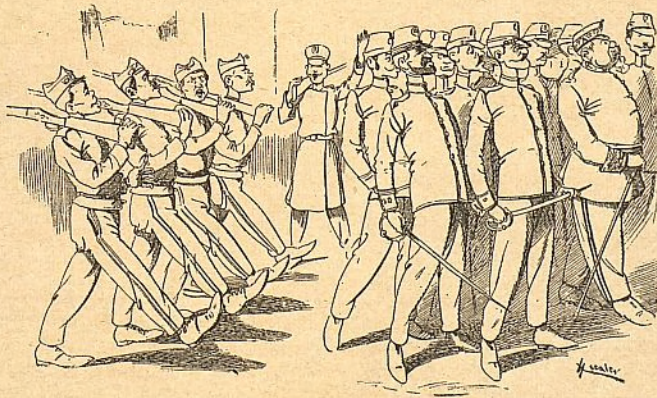
—Ha llegado una época en que ya no sabe uno lo que come.

A los mancebos de botica llaman hoy «practicantes»; á los «pasantes» de escuela «auxiliares» ó «ayudantes»; á los criados y porteros en establecimientos oficiales, «ordenanzas». Vamos, que parodiando al gastrónomo, puede decirse:

—Que no sabe uno ni cómo se llama.

EDUARDO DE PALACIO

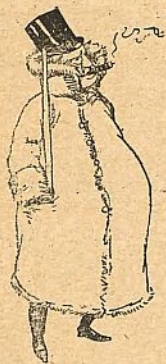
EL EJÉRCITO ESPAÑOL, por Escaler.



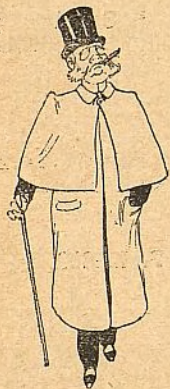
Ya hay oficiales
hasta en la sopa,

y ó sobran jefes
ó falta tropa.

¡Horror!



El del señor Ministro



El del Subsecretario



El del Director General



El del Jefe del Negociado



El del escribiente

—¿Está en casa la señora?
—No, señor: hace un momento que salió.
—¡Cuánto lo siento!
—Y sabe usted á qué hora podré verla?
—No lo sé.
—Vuelva, si quiere, á la tarde.
—Está muy bien. Dios la guarde y mil gracias.
—No hay de qué.
—¡Encarnación!
—¡Señorita!
—¿Hubo carta?
—No la ha habido.
—¿Nadie en mi ausencia ha venido?
—Sí, señora: una visita.
—¿Quién era?
—Un joven.
—A ver...

—¿Dejó su tarjeta?
—No.
En seguida se marchó, pero ha quedado en volver.
—Pues anda, corre ligera, y arregla en un periquete la sala y el gabinete, por si de pronto volviera.
—Voy corriendo.
—Y por si acaso, muda la funda al sofá y limpia la alfombra.
—¡Yal!
—Y trae la bata de paso.
—Sin duda, es esta visita el hijo de doña Marta, que me previene en su carta la buena de Margarita. Joven, de gran posición, según yo tengo entendido, y ya muerto mi marido... ¡qué bonita proporción!
—Ya está la sala arreglada.

—¿Y el gabinete?
—También: todo está listo.
—Muy bien.
—¿Manda usted algo?
—Ya nada.
Si viene ese caballero, ya sabes...
—Pierda cuidado; le haré entrar.
—Por de contado; pero avísame primero.
—¡Demonio de señorita! Ella que en nada se ocupa... ¡Parece que le preocupa un poquito la visita! ¡Y no es mal mozo el silbante! Pues nada; yo he de saber... Mas llamaron. Voy á ver.
—¿Quién?
—¡Servidor!

—Adelante.
...
—Señora, yo sentiría ser importuno quizás.
—¡Vaya, no faltaba más!... Siéntese usted.
—Pues venía con el fin de recordarla cierta factura pendiente; y si no hay inconveniente, me haga el favor de saldarla. Ya hace tiempo que venció, y me manda el principal...
—¿A qué la cobre?
—Si tal.
Sin duda, usted la olvidó, y le hace falta dinero.
—(No salgo de mi sorpresa.) Pero en fin, ¿qué cuenta es esa?
—Tome usted.

—¡El zapatero!
CASIMIRO FORASTER.



De Pepe Estrañi:

«Leo que en Medina del Campo una sirvienta envenenó la comida y la cena destinadas para su amo y desapareció de la casa después de cometer el hecho. ¡Ah, tonta! Ella misma se ha declarado culpable, por huir después de cometer el delito. Si hubiera huido antes de cometerle, se queda el crimen en el misterio y nadie lo averigua. ¡Qué torpeza!»

Acérquense ustedes. Más, más... así. ¡Va en secreto!

El «Almanaque» de *Barcelona Cómica*, que verá la luz al mismo tiempo que el presente número de *LA SEMANA*, es bonitísimo. ¡Lo que se llama bonito!

¡Juro á ustedes que si no fuera por que á mi me lo han regalado en la imprenta, lo compraría!

Apeles Mestres, Cilla, *Mecachis*, Pellicer, *Melitón Gonzalez*, Soler y Rovirosa, Escaler, Pons y otros no menos reputados artistas, firman sus dibujos. Y del texto no hablemos, porque con decir que va firmado por Manuel del Palacio, Ramón de Campoamor, Carlos Cano, Federico Balart, Fernandez Bremón, Royo y Villanova, Pérez Zúñiga, etc., etc., dicho está que ha de ser bueno.

¿A ustedes no se lo regalan? Pues hay que comprarlo.

Cojamos un artículo de un periódico gallego... y cortemos:

«Antes de morir, Juana Antonia le había dicho...»

¿Antes de morir, eh? Hací bien el autor en advertirlo.

Porque la duda atormenta el ánimo. Y así se evitan dudas y confusiones.

¡No fuéramos á creer que eso que dijo, lo dijo Juana Antonia después de morir!

Pero oigamos lo que decía la moribunda.

Decía esto:

«—¿Ves aquel árbol que en la esquina del huerto se yergue? Allí lo plantó mi abuelo, allí ha sido respetado por todos... y allí está...»

¡Ca, no lo creo!

Lo planta en un sitio el abuelo, lo respetan todos en el mismo sitio, ¿y sigue luego allí mismo?

¡Hombre, no diga V. inverosimilitudes!

El artículo se titula «El asombro de Juanillo»

Y el que se queda asombrado al llegar al final es, no Juanillo, sino el lector.

Porque firma el cuento P. Juez.

¡Y uno, después de leer lo transcrito, espera encontrarse al pié del trabajo con la firma de *Pero Grullo!*

—¿Cómo sigue su señora?
pregunté ayer á don Bruno,
y él me respondió:—Muy bien;
hace ocho días dió al mundo
un chico como un jumento
que se me parece mucho.

J. DÍAZ DUFÓO.

OBRA RECIBIDA.—*Misericordia!* Sin tiempo todavía para haber leído esta novela, me limito por hoy á dar las gracias al autor, el escelente novelista señor Martínez Barrionuevo, que ha tenido la bondad de remitírmela. Cuesta 14 reales y se expende en las principales librerías.

—Supongamos, coronel, que usted marcha al frente de su regimiento y es atacado por un enemigo que lleva fuerzas dobles. ¿Qué haría Vd. para igualarle en fuerzas?

—Arengaría á mis soldados...

—Eso no es bastante.

—Les diría que era preciso morir por la patria, les haría cargar á la bayoneta...

—No es bastante.

—Pues entonces... no sé qué podría hacer.

—Muy sencillo: les colocaría en correcta formación y les prevendría cualquier cosa. ¿No sabe Vd. que hombre prevenido vale por dos?

Al dar cuenta del estreno de *Las plagas de Madrid*, dice *El Noticiero* que la obra gustó, «á pesar de los reventadores.»

Pero ¿de veras cree usted en la existencia de esos seres, colega?

Ya sé, ya, que hay quienes sostienen que sí, que existen.

Pero sucede que aquí el que no se consuela, es porque no quiere.

¡Y yo creo, Dios me perdone, que eso de los reventadores son voces que hacen correr los autores silbados!

Por última vez, ruego à los corresponsales que hasta ahora no hayan hecho pedidos del Almanaque, se sirvan hacerlos à la mayor brevedad.

La tirada que hacemos es relativamente corta, los pedidos hasta ahora recibidos son muchos... y los que se retrasen se exponen à quedarse sin ejemplares.

Sirva, pues, esta última advertencia de aviso à los morosos.

Conque, ya lo saben ustedes: espavilarse ¡y ojo, que aprietan!

**

Y à propósito de Almanaques.

Es un gusto lo que sucede en esta bendita tierra. Publicó el suyo hace tres años *La Esquilla de la Torratxa*: un libro lleno de amenidad, bonito y bien presentado, que obtuvo un éxito grande.

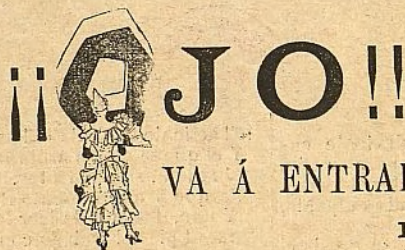
Hasta entonces à ningún semanario se le había ocurrido aquí publicar Almanaque. Desde entonces lo publican todos.

Pero no voy à eso: voy à que ahora procuran todos tomarle la delantera al colega catalán. ¡Y eso está mal hecho!

Porque yo también aproveché la idea. Y publico almanaque. Y hasta procuro venderlo como el primero.

Pero ¡caramba! espero siempre à que salga el de *La Esquilla*, que debe ser el primero.

¡Siquiera ¡oh, colegas! porque fué el que nos trajo las gallinas!



VA À ENTRAR EN PRENSA

EL

ALMANAQUE de la SEMANA CÓMICA PARA 1892

Formará un tomo de 116 páginas
con cubiertas cromo-litografiadas à 8 colores.

Lista de los autores que hasta la fecha nos llevan entregados
originales para el Almanaque:

ESCRITORES

D. A. Balart, D. Ramón de Campoamor, D. Ricardo J. Cataríneu, D. José María Codolosa, D. Sinesio Delgado, D. J. Feliu y Codina, D. C. Fernández Shaw, Don Emilio Ferrari, D. Angel Guimerà, D. Juan Molas y Casas, D. A. Pérez Nieva, D. L. Ram de Viu, D. Marcial de los Rios, D. Luís Royo Villanova, D. Salvador Rueda, D. Antonio Sanchez Perez, D. Federico Soler (*Pitarra*)

DIBUJANTES

Señores Blanch, Carrasco, Cilla, Cuchy, Escaler, Figuer, Lago, *Mecachis*, *Melitón Gonzalez*, Apeles Mes- tres, Pons, Riquer, Vela y otros.

Precio: 2 reales